

# ESPACIO, TIEMPO y FORMA

REVISTA DE LA FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA  
SEPARATA



**Historia del Arte**

UNED

MADRID, 1989

## La fortificación de la monarquía de Felipe II \*

ALICIA CÁMARA MUÑOZ

Dijo Don Quijote: «Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, a cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención». Estuviera o no en el infierno su inventor, el hecho es que las nuevas armas transformaron el arte de la guerra en el Renacimiento tanto en cuanto al ataque como a la defensa. Unas mismas armas obligaron a un tipo de defensa único que debió ir adaptándose a la evolución de las formas de ataque. Si a ello añadimos que las fortalezas del siglo xvi fueron construidas por los monarcas para defender sus reinos, puertos y ciudades, y no por los nobles con intereses particulares, dándose incluso prohibiciones en ese sentido, encontramos que el Renacimiento supuso un cambio radical con respecto al sistema de fortificación medieval, que no se puede centrar únicamente en la aparición y consolidación del baluarte.

### LA FORTIFICACIÓN DE LOS REINOS DE LA MONARQUÍA

En lo que a la monarquía española se refiere, todas las actuaciones en materia de fortificación se centralizaron de manera clara en el reinado

---

\* Este artículo, ligeramente modificado y ampliado es parte de una ponencia presentada en el Congreso Internacional sobre «Fronteras en Iberoamérica. Ayer y Hoy», celebrado en Tijuana (México) del 23 al 25 de agosto de 1989.

vencer o a morir, por no tener retirada posible, se han hecho buenos soldados».

Sobre el carácter de frontera de la monarquía que tuvieron esas costas lejanas hoy no nos cabe duda, pero también así fueron vistas por los contemporáneos. Con respecto a Berbería el mismo embajador Donato afirmaba que él la llamaba «frontera de España, como de cosa que pertenece a la defensa de esta provincia y es propia de este lugar». A este respecto, y por las mismas fechas, Juan Bautista Antonelli ponía en boca de Fernando el Católico palabras que hacían referencia a la condición de frontera que tenía lo que «había ganado en Berbería».

La identificación entre frontera y fortaleza fue clara: el mismo Antonelli, en un memorial sobre la defensa de la frontera con Francia, se refiere en la parte de Navarra a los mejores lugares «para hazer frontera al enemigo», cuando habla de lugares en los que sería bueno construir «fuerzas». Este ingeniero en sus escritos identifica «hacer frontera» con fortificar, y si no se fortifica, se tienen las «fronteras abiertas».

Con respecto a América, la idea de frontera con un tipo de asentamiento militar podemos pensar que trasciende incluso el mismo tema de las fortalezas, al utilizarse para la colonización asentamientos urbanos que pueden recordar lo que Maquiavelo decía de los campamentos militares, «que a donde quiera que va lleva siempre las mismas calles, las mismas casas y el mismo aspecto», y el famoso trazado de las ciudades americanas que hunde sus orígenes en la antigüedad, fue utilizado por los ingenieros militares de Felipe II como instrumento de colonización en lugares tan distantes como Carlentini en Sicilia o La Habana en Cuba a pesar de que el trazado favorito de los tratadistas militares para una ciudad o ciudadela fuera el trazado radial, tanto en la tratadística italiana como en la española del siglo XVI.

En todo el sistema de fortificación costero, las grandes obras se emprendieron en los puertos: si se pensó abandonar Melilla entre otras razones por carecer de puerto, el puerto de Cartagena en España fue siempre famoso y se procuró una buena fortificación para él, y en América todas las grandes fortalezas del XVI (aunque también hubo fortalezas interiores para defenderse de los indígenas) se construyeron para defensa de los puertos. Al fin y al cabo, lo mismo que en los Pirineos fueron los lugares de paso los defendidos con fuertes, en las costas lo fueron los lugares de desembarco. El sistema defensivo de las fortalezas justificaba la necesidad de las salvias al entrar en puerto, código perfectamente

establecido por ley para identificar al barco amigo que entraba, barco que quedaba guardado a partir de ese momento por dicha fortaleza.

## EL PENSAMIENTO SOBRE LA FORTIFICACIÓN

Las murallas, ciudadelas, presidios y fortalezas llevadas a cabo en el siglo XVI siempre marcaron una frontera: frontera urbana en el caso de las ciudades, frontera del poder real que controla una ciudad en el caso de las ciudadelas, frontera económica en el caso de la navegación y puertos de las Indias, frontera política y religiosa en el Mediterráneo... y siempre tienen un «dentro» de seguridades frente a un «fuera» del que sólo cabe esperar la agresión. Creo que son muestra de un pensamiento político acerca de la guerra y la defensa que aunque dominó en Europa, tuvo en España su mejor ejemplo.

Antes de pasar a hablar de ello merece la pena recordar que para esta monarquía católica, las fortificaciones fueron investidas de una concreta simbología religiosa. Ya los castillos a la antigua, con torres redondas (inútiles ante las nuevas armas) y con una torre en el centro («de cuando se combatía con piedras» como dice González de Medina Barba en 1598), como eran algunos de los Pirineos, reformados algo en tiempo de Felipe II, estuvieron cargados de simbolismo. El tema del castillo asociado a la religión católica es reiterativo, y si la cruz de Cristo puede aparecer en un romance de Ledesma (1600), como un «fortissimo castillo», y el amor de la Virgen en 1610 como «muro inexpugnable», en un sermón del año 1611 se dirá que las iglesias han de ser llamadas fortalezas y casas de munición, y abunda en esa imagen un sermón del año 1656 en México en el que la catedral de esa ciudad es aludida como «defensa, baluarte, y presidio». El tema del castillo, baluarte, etc., fue, como vemos, asociado a la religión católica durante todo el Barroco.

En la práctica, la frontera religiosa que supusieron también las fortificaciones, se puso de manifiesto en las advocaciones de los castillos y, en los casos de grandes fortalezas o ciudades fortificadas, en los nombres dados a los baluartes. Durante el reinado del emperador Carlos, los baluartes recibían nombres a veces como «baluarte del gobernador», «cubo de Leiva»..., pero en el reinado de su hijo esa costumbre (aunque conservada parcialmente dando por ejemplo a veces el nombre del ingeniero a un baluarte, y aunque los nombres de los grandes generales

lezas», puertos y diversos estados, siendo además señora absoluta del Océano Atlántico, «por ser suya casi toda la costa y por potencia y gran número de navíos de alto bordo, galeones, galeras y otros bajeles», siendo los galeones «otros tantos castillos roqueros dentro del mar». De nuevo el tema de la navegación como elemento de cohesión de los reinos nos permite comprender la imagen de unidad que se pretendía dar de una monarquía que fortificó rutas terrestres y navales, así como todos aquellos lugares en que «hizo frontera».

Las fortificaciones de la frontera, con sus puertas que se repiten, con sus escudos y armas, con sus reglamentos sobre cargos y oficios, con sus tipologías defensivas adaptadas a las nuevas armas, no lograron realmente cerrar el imperio, y ahí está por ejemplo el contrabando lo mismo en los Pirineos que en América para demostrarlo, pero sí crearon, con una arquitectura específica de la frontera, un lenguaje de dominio que se pretendió tan universal como la monarquía católica.